

LA CONTROVERSIAS "CRECIMIENTO- BIENESTAR" EN LA LITERATURA ECONOMICA

Por
FELISA CEÑA (*)

EN los años setenta, al final de dos décadas de desarrollo en muchos países, la humanidad se ha encontrado abocada a lo que se ha venido a llamar la «*crisis del crecimiento*». Los modelos de crecimiento propuestos hasta entonces por los países occidentales más desarrollados han demostrado su incapacidad para evitar los problemas planteados por la explosión demográfica, la escasez de alimentos, la deterioración del medio ambiente, la escasez de materias primas, etcétera.

Una nueva literatura nace intentando dar respuesta a la pregunta: ¿Crecimiento o no crecimiento? Sin embargo, tal interrogante no puede ser despejada mientras no se defina claramente qué se entiende por crecimiento. PESTEL y MESAROVIC, en su segundo informe para el Club de Roma (1), hacen una distinción entre el «crecimiento desequilibrado e indiferenciado» al cual acusan de ser el origen de los problemas más graves que amenazan a la humanidad, y el «crecimiento orgánico», que es —según estos autores— una vía que conducirá a la solución de tales problemas. El crecimiento es un proceso, no un objeto material y, por tanto, antes de declararse a favor o en contra, es necesario precisar qué tipo de crecimiento estamos cuestionando, así como en qué lugar y en qué sentido.

El crecimiento material al cual se han consagrado tantos esfuerzos, es puesto en entredicho en 1972 por Sicco MANSCHOLT (2), quien dice: «no deberíamos orientar en adelante el sistema económico hacia la maximización del producto nacional bruto...» Se muestra partidario de intentar maximizar la «utilidad nacional bruta», o lo que TINBERGEN denomina el «Bienestar Nacional Bruto». Frente a la disminución del

(*) Dr. Ingeniero Agrónomo.

bienestar material, se han de desarrollar los aspectos intelectuales y culturales.

Si bien las propuestas de MANSHOLT han sido objeto de numerosas críticas, lo que no puede negarse es el proceso de perturbación que apareció en el campo de las ideas políticas y económicas, admitidas generalmente, sobre el concepto y el interés del crecimiento cuantitativo o material.

Asimismo, el modelo de los límites del crecimiento, publicado en 1972 por el Club de Roma, puso de manifiesto la gravedad de las crisis (energía y materias primas, alimentación, población, etcétera...) a las que el mundo caminaba si, y esta es una de las hipótesis importantes del modelo, las actuales pautas de consumo de los países industrializados de Occidente se generalizan para el resto del mundo. Ello es debido a que la presión sobre los recursos disponibles (presión necesaria para seguir manteniendo este tipo de crecimiento basado en la introducción de nuevos productos de corta vida útil) sería tan elevada que se llegaría a un desastre a nivel planetario.

En su segundo informe, sin embargo, el Club de Roma se muestra más flexible y aporta varias soluciones aplicables a cada región y país.

Las nuevas cuestiones a responder serán del tipo: ¿El crecimiento es un fin en sí mismo? ¿Permite tener en cuenta de forma satisfactoria otros valores humanos? ¿Qué tipo de crecimiento elegir y en base a qué sistema de valores? Todas ellas se engloban en un problema de tipo filosófico más bien que económico.

Otras preguntas, que corresponden a problemas dentro ya del campo específico de la Teoría Económica, son las siguientes: ¿Cómo se lleva a cabo el crecimiento? ¿Puede éste ser indefinido o, por el contrario, es limitado? En caso de que esta última posibilidad sea cierta, ¿qué factores serían los limitantes? Como el crecimiento económico depende de un importante número de factores, la elección de factores explicativos con vistas a construir un modelo, y el análisis de las relaciones entre ellos a través de ese modelo o de una teoría más amplia, es lo que caracteriza a las diferentes escuelas de pensamiento. En la bibliografía al final de este artículo, pueden verse algunas respuestas de autores representativos de estas escuelas, a las anteriores cuestiones.

La relación entre «crecimiento económico» y «bienestar», ha sido objeto de atención por parte de los economistas ortodoxos del siglo XIX y comienzos del XX. Los análisis de RICARDO, MILL y MALTHUS han recobrado de nuevo actualidad y los correspondientes a SAY, CLARK y SCHUMPETER, quizá menos conocidos, no por eso dejan de ser significa-

tivos para la comprensión de las dos tendencias dominantes a lo largo de la historia del pensamiento económico con respecto a la problemática «crecimiento-bienestar».

En este artículo nos proponemos revisar las grandes líneas de la evolución del análisis del crecimiento económico, tratando de establecer un paralelo con el debate actual.

Primeramente haremos una breve exposición del tipo de análisis sobre crecimiento utilizado por los fisiócratas, clásicos y los neoclásicos.

Los fisiócratas hicieron de este problema casi un dogma religioso, afirmando que, el crecimiento material es la «beneficencia esencial».

La filosofía juega un papel fundamental en la construcción del conocimiento fisiocrático, lo que impide enfocar el análisis de otra forma que no sea la filosófica. La paralización del crecimiento económico no puede ser aceptada por razones éticas, ya que supondría un mal gobierno, capaz de llevar al Estado a la miseria; tal posibilidad será duramente juzgada. Según BAUDEAU (5):

«... multiplicar cada vez más los objetos propios para el disfrute, útiles o agradables, que permiten el bienestar y la propagación de la especie humana sobre la tierra, es evidentemente el deseo de la naturaleza, el interés general de la humanidad, la beneficencia esencial. Disminuir la masa de estos objetos, impedir su crecimiento, es evidentemente el mal moral por excelencia, es la injusticia, el crimen que no puede ser paliado, el delito que conlleva la reprobación natural e imborrable...»

Para otros autores, como SAY, el crecimiento depende del avance en los conocimientos técnicos y del acierto de los empresarios al decidir sobre las variables que determinan los procesos de producción. De esta forma, las invenciones, la elección de las técnicas más apropiadas, etcétera, son factores que se integran en el sistema. En opinión de SAY, todo valor proviene de la utilidad; esta utilidad refleja la existencia de una necesidad y las necesidades son infinitas. Dado que la producción es, por definición, producción de utilidad, se podrá desarrollar casi hasta el infinito, pues siempre se encontrarán necesidades que satisfacer. Es decir, el progreso será posible sólo con que la industria pueda aumentar la utilidad de ciertos bienes (los factores de producción) y esto puede siempre lograrse mediante la inversión y el dinamismo de los «empresarios industriales». Así, el progreso queda condicionado al desarrollo de las ciencias en general. El capital humano desarrollado por una política de investigación y de instrucción generali-

zada, pasa a ser así, una importante variable explicativa en el análisis. De él nacen los factores que dinamizarán el sistema y eliminarán «naturalmente» un elevado número de causas capaces de originar la aparición de un estado estacionario. La conclusión de SAY respecto a las posibilidades de crecimiento del sistema no queda muy lejos de lo que opinan los partidarios actuales del crecimiento, como se desprende del siguiente texto:

«... los particulares y las naciones no pueden volver su territorio ni más amplio, ni más fecundo que lo que la tierra ha querido; pero pueden aumentar sin cesar sus capitales; en consecuencia, extender casi infinitamente su industria manufacturera y comercial y así multiplicar los productos que son también riqueza...» (6).

Sin embargo, SAY no fue ajeno a los análisis de los economistas anglosajones. Aunque creía firmemente en el progreso, no ignoró las dificultades derivadas de una disminución de la productividad de la tierra, a lo que habría que añadir la limitación cuantitativa de los recursos agrícolas (análisis ricardiano). Pero estas dificultades serán superadas por el hombre: «... los límites de los medios de subsistencia serán reducidos, pero los hombres llegarán, sin embargo, a romper estas barreras» (7).

Para él, el hombre civilizado es capaz de dominar la naturaleza mediante el perfeccionamiento continuo de la técnica. Su fe en el progreso es ciega; crecimiento material y bienestar van siempre asociados, por lo que rechaza toda política que tienda a frenar la producción y el consumo. La siguiente frase es muy significativa al respecto (8): «... la experiencia nos enseña... que la felicidad del hombre está ligada al sentimiento de su existencia y al desarrollo de sus facultades; ahora bien, su existencia es tanto más completa cuanto más se ejercen sus facultades, cuanto más produce y consume. No nos damos cuenta que al intentar limitar nuestros deseos, se aproxima involuntariamente el hombre a la bestia...»

El análisis de SAY se remite, pues, a un juicio de valor y concluye con una afirmación optimista.

A esta corriente optimista de raíz fisiocrática situada al nivel de postulados filosóficos que se integran sin demasiadas precauciones en el análisis, se opone una corriente más pragmática representada por los clásicos.

Los clásicos concebían el desarrollo de la economía como un proceso «natural», es decir, endógeno al sistema, cuyo motor es el empresario movido por el «beneficio». Su análisis intenta encontrar las cau-

sas que inciden en la tasa de beneficio y, a través de ellas, contribuir al progreso económico y humano. Cuando la tasa de beneficio es nula, se bloquea el crecimiento. Las causas que determinan la nulidad de la tasa de beneficio pueden ser varias. Para Ricardo, una importante sería el alza de los precios de los alimentos, que se produce a medida que avanza el desarrollo; para MALTHUS, el descenso en la demanda de bienes de consumo y el efecto de la competencia sobre la rentabilidad de la producción.

Los economistas clásicos eran conscientes de los defectos del sistema, pero no lo creyeron susceptible de engendrar una situación de pobreza. Otros autores menos pragmáticos analizaron el sistema como una organización que tiende «naturalmente» hacia el progreso. Tal fue el caso de los fisiócratas, de SAY, etcétera. Las diversas explicaciones permanecen en estrecha dependencia con el contexto histórico; esto es, se trata de observaciones y razonamientos sobre una determinada situación histórica, no generalizable a otras situaciones posibles, además las proposiciones analíticas se admiten como ciertas a priori, sin someterlas a contrastes empíricos satisfactorios. Por tanto, es difícil adaptar este tipo de análisis a situaciones nuevas.

Los economistas neoclásicos, entre los que citaremos a S. B. CLARK y S. A. SCHUMPETER, reconstruyen la teoría, caracterizándose por el respeto a los postulados y a la metodología tradicionales. Partiendo de ciertas hipótesis, deducen sus conclusiones por vía analítica. El estado estacionario será el punto de partida y no de llegada de su análisis, dedicado a estudiar una situación ideal de equilibrio.

Mientras CLARK cree en el progreso, SCHUMPETER matiza esta creencia y se muestra más abierto a reconocer los defectos del sistema.

Tanto el análisis de los clásicos como el de los neoclásicos, considera el comportamiento de los agentes económicos y su significación como referencias axiológicas que no deben ser juzgadas a través del análisis. Sin embargo, hemos de admitir que los juicios de valor sobre este comportamiento dependen de la filosofía dominante en el sistema. Aquí reside la base del actual debate: ¿puede modificarse la filosofía (considerada por estos autores como constante o como dada) del sistema? Los juicios sobre el comportamiento del consumidor ¿pueden o no jugar un papel en la orientación del consumo, con el fin de que el consumo no se dirija preferentemente a los bienes materiales?, o en otros términos: el crecimiento económico ¿es indispensable para lograr el bienestar? J. STUART MILL ya se planteó este último problema, que

aparece también en la base de la crítica de MARX al sistema capitalista. A la pregunta respondieron los ortodoxos afirmativamente.

En la actualidad parece admitido universalmente que lograr el bienestar es el objetivo final del proceso de desarrollo de la sociedad. Así pues, el interés de la teoría económica no se centra tanto ahora en el crecimiento material de signo «productivista», (en expresión de Pierre KENDE (3), como en las relaciones entre este tipo de crecimiento y el objetivo de bienestar.

La pregunta de STUART MILL, ¿es necesario un incremento del producto global para conducir al hombre a su «destino más deseable»? tenía un evidente carácter filosófico, imbuido de ciertas ideas humanistas. Este mismo espíritu le llevaría a expresarse así:

«... confieso que no estoy encantado con el ideal de vida que nos presentan los que creen que el estado normal del hombre es el de luchar sin descanso para salir adelante, que esta lucha donde se pisotea, se empuja, se aplasta, se marcha pisando los talones y que el tipo de sociedad actual sea el destino más deseable para la humanidad, en lugar de ser simplemente una de las fases desagradables del progreso industrial...» (4).

La historia del pensamiento económico muestra que la relación crecimiento-bienestar ha sido una preocupación fundamental para los investigadores. En un principio se integró en el análisis económico, pasando posteriormente a ser sustituida por una neutralidad doctrinal más próxima a un cierto tipo de objetividad científica, aunque no por eso dejará de estar presente en la literatura.

Es difícil hacer un juicio sobre la posición de los clásicos respecto al crecimiento, dada la mezcla de rigor analítico y de afirmaciones subjetivas que caracteriza sus obras, pero el análisis del crecimiento económico a largo plazo fue indudablemente una cuestión central para la mayoría de ellos.

Aunque autores como Adam SMITH estuvieron influenciados por los fisiócratas en su interés, por el problema de la acumulación de la riqueza, su óptica o paradigma central fue diferente, marcándose una sensible diferencia en cuanto al tipo de análisis utilizado. Los economistas clásicos se encontraban también encariñados con el concepto de ley natural, que aplicaban a nivel más bien particular o de individuo que universal; su análisis se basaba en la demostración mediante ejemplos prácticos o casos específicos. SMITH consideraba al «excedente agrícola» como condición previa a la especialización del trabajo, origen de la riqueza de las naciones. Su preocupación fue, como lo de-

muestra el título de su libro («Una investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones»), lo que en un lenguaje actual se llamaría una teoría del crecimiento económico. El trabajo del hombre tendría en este análisis un lugar preferente: sólo el esfuerzo permite procurarse los bienes necesarios, útiles y agradables; pero a diferencia de los fisiócratas no sólo el trabajo agrícola es el productivo para Smith: el industrial también produce un «produit net», como designaban los fisiócratas al excedente del sector agrícola. Además, este «produit net» no lo considerará como un simple fenómeno natural necesario para el crecimiento, sino que su distribución entre las diferentes clases sociales y su destino final tendrán una incidencia decisiva en el proceso de crecimiento económico.

El estancamiento del proceso de crecimiento o llegada al estado estacionario podría originarse como consecuencia de la subida de los salarios y del descenso simultáneo de los precios, lo que originaría un descenso en la tasa de beneficio, motora del crecimiento. Un exceso de acumulación de capital puede generar estos efectos sobre los salarios y precios, al incrementar excesivamente el número de puestos de trabajo y la producción. Así escribe Adam SMITH:

«... cuando la masa de capitales de un país llega a tener un grado de crecimiento, que no permite emplearla en su totalidad para el consumo del propio país y para valorar lo suficiente su trabajo productivo, entonces la parte supérflua de esta masa se transfiere naturalmente al comercio de transporte...» (10).

De esta forma, la disminución de las posibilidades de inversión interior de un país conduce a una ampliación del sistema de intercambio.

Estas ideas de SMITH constituyen un antecedente teórico de la política actual de los países occidentales, que al progresar en su proceso de crecimiento, han exportado su exceso de capital hacia países menos desarrollados donde las oportunidades de inversión han resultado más rentables que en las economías de origen.

RICARDO se preocupa también por el concepto de valor como medida del output, pero su interés principal se centraba en el problema de la distribución del excedente neto entre las distintas clases sociales, referido a las clases de su tiempo. Para él, el análisis del crecimiento no se reduce únicamente al problema del incremento de los bienes materiales de una economía, sino que debe extenderse a la consideración de los efectos que puede tener la distribución de la renta sobre el crecimiento del sistema y sobre los valores económicos que determinan el

futuro de la economía. RICARDO, como hombre orientado hacia la política, intentaba proponer soluciones políticas, esto es, medidas concretas de política económica. Para este autor, una política liberal es la más apropiada para lograr el «bienestar» de la población, o sea, para desarrollar el crecimiento. Pero las medidas de gobierno han de estar siempre respaldadas por un análisis riguroso, y es precisamente esta exigencia de Ricardo, la que haría de él un autor prestigioso cuya valía era reconocida ya en su tiempo. James MILL en carta dirigida a RICARDO el 23 de agosto de 1815 escribiría :

«...dado que yo estoy persuadido que podéis mejorar grandemente una ciencia de la cual depende de modo singular el progreso del bienestar humano, que podéis efectivamente mejorar esta ciencia más que ningún otro hombre que se consagrara durante no sé cuantos años, mi amistad por usted, por la humanidad y por la ciencia, todo, me empuja a no dejaros en paz hasta que no estéis metido a fondo en la Economía Política...» (11).

RICARDO opinaba que el objetivo fundamental del análisis económico era explicar qué tipo de medidas económicas son necesarias para conseguir incrementos en el «bienestar» de la sociedad. De ahí que el crecimiento constituyera la base de los primeros estudios de la economía política ricardiana.

Tanto RICARDO como MALTHUS estaban persuadidos de que el progreso y el bienestar son posibles dentro de la propia organización económica. Así, en una carta escrita a MILL el 30 de agosto de 1815, impresa en el volumen VI, podemos leer :

«... cuando todos los hombres estén informados acerca de en qué consiste su propia felicidad y bienestar, desearán verdaderamente aceptar un compromiso juicioso, en el cual cada uno, renunciando a pocas cosas, podrá asegurarse para sí la mayor suma disponible de bienes...» (12).

La línea analítica de RICARDO sobrepasa al contenido de su doctrina ; esto es, puede independizarse de su contexto histórico y aplicarse a situaciones diferentes de aquella para la que fue elaborada. Este autor, al igual que SMITH, cree que la disminución del beneficio pondrá fin a la acumulación de capital. Es decir, el crecimiento puede minar sus propios cimientos :

«... tan imposible es para el granjero y el manufacturero vivir sin beneficios como para el obrero hacerlo sin salario. Su motivación para acumular disminuirá con cada descenso en los beneficios y caerá totalmente cuando sus beneficios sean tan bajos que no les permitan una

compensación adecuada a sus desvelos y al riesgo con el que necesariamente deben enfrentarse para emplear su capital productivamente...» (13).

La conclusión del análisis de RICARDO sobre la posibilidad de llegar a un estado estacionario queda reflejada en las siguientes líneas: «... a medida que el capital y la población aumentan, la producción se hace más cara y el precio de subsistencia se eleva en general. Ahora bien, el alza de los precios alimentarios arrastra el alza de los salarios, y la elevación de estos últimos tiende a empujar al capital hacia el empleo de máquinas. Las fuerzas mecánicas y las humanas están perpetuamente en competencia y suele ocurrir a menudo que las primeras sólo se utilizan cuando se eleva el precio de las segundas...» (14).

Sin embargo, RICARDO considera que el estado estacionario puede evitarse si se toman medidas destinadas a reducir los costes del trabajo que se utiliza para aumentar la oferta alimentaria. Así, la tendencia de los beneficios a caer «... queda felizmente detenida a intervalos repetidos por las mejoras de la maquinaria utilizada en la producción de bienes de subsistencia, así como por los descubrimientos científicos en agricultura, que permiten liberar parte del trabajo antes necesario, y de este modo hacen bajar el precio de las primeras necesidades del trabajador...» (15).

En otras palabras, la introducción progresiva del progreso tecnológico (particularmente en agricultura) impulsa de nuevo el crecimiento.

MALTHUS criticó el análisis de RICARDO, pero al mismo tiempo intentó ampliarle. Su preocupación por la llegada al estado estacionario queda de manifiesto en sus escritos, en los que podemos encontrar diversas sugerencias para impedir el proceso de estancamiento. Este autor, considerado a veces como pesimista por haber pronosticado un destino desastroso a la humanidad, intenta en realidad impedir ese desastre al que la humanidad se verá abocada (según dice en sus primeros ensayos sobre la población) si no se detiene el crecimiento demográfico. Así propugna la protección a la agricultura, con el fin de aumentar la producción de bienes alimentarios. Un incremento de los precios agrícolas estimularía la inversión agraria; ello revertiría en una elevación de la productividad y, en consecuencia, se obtendría una mayor producción. MALTHUS escribe:

«... es bien conocido que la facilidad para obtener la producción tiende a buscar salidas para los productos, es por esto que hay pocos efectos negativos durables al introducir máquinas. Se puede pensar siempre

que su empleo debe tender a incrementar considerablemente la riqueza y el valor...» (16). Y continúa: «... así, la fertilidad de la tierra y la invención de buenas máquinas da origen a un desarrollo prodigioso de la producción...»

Para MALTHUS, tanto la oferta como la demanda tiene importancia en el proceso. Refiriéndose a los anteriores factores de producción (fertilidad y máquinas) dice:

«... pero ni una, ni otra de estas dos fuerzas pueden ser utilizadas activamente si la situación y las circunstancias, o si las costumbres y los gustos de la sociedad, se oponen a la creación de salidas suficientes para los productos y a un incremento conveniente del consumo...» (17).

Es decir, MALTHUS cree en la capacidad del hombre para tomar medidas económicas que aseguren el crecimiento que, también en su opinión, resulta inseparable del bienestar. La última frase de sus «*Principios de Economía Política*» confirma su pensamiento a este respecto:

«... si creemos de verdad que el objeto de nuestras investigaciones son los medios para mejorar la suerte y aumentar el bienestar de la gran masa de la sociedad, nuestro objetivo debe ser en tanto sea posible, mantener la paz y regularizar nuestros gastos...» (18).

MILL volvió a las bases del análisis clásico, sobre todo de RICARDO, pero atacó la premisa valorativa implícita en toda la literatura clásica anterior, según la cual la expansión económica ininterrumpida era un fin tan obviamente importante que no requería justificación. MILL escribiría:

«... no sé por qué habríamos de alegrarnos de que las personas que ya son más ricas de lo que nadie necesita ser, doblaran la cantidad de sus bienes de consumo que les produce poco o ningún placer, excepto en cuanto que representan riqueza... Sólo en los países retrógrados del mundo es todavía el aumento de la producción una meta importante...» (19).

Sobre el estado estacionario, MILL opinaba que no sería necesariamente una grave enfermedad social:

«... me es imposible concebir el estado estacionario de capital y riqueza con la manifiesta aversión con que generalmente lo consideran los economistas de la vieja escuela. Me inclino a pensar que podría ser, en conjunto, una mejora muy considerable respecto de nuestra condición presente...» (20). (*)

(*) El caracterizaría esa condición presente mediante las frases de la nota número 5.

Su comentario más fuerte sería contra la situación en 1948 en USA, en la que se había eliminado la pobreza, la abundancia estaba asegurada para todo aquel que quisiera y pudiera trabajar, y las injusticias sociales habían sido eliminadas, al menos todas «las desigualdades que afectan a las personas del sexo masculino de raza caucásica». Pero qué había producido esta opulencia?; según MILL:

«... todo lo que estas ventajas parecen haber hecho por ellos es que la vida de todo un sexo esté dedicada a la caza del dólar y la del otro a la crianza de cazadores de dólares...» (21).

MILL no sólo se sentía preocupado por el sentido social de la abundancia, sino que temía que el estado estacionario se produjera a un alto nivel de actividad económica, pues ello podría incrementar la susceptibilidad de la economía a las fluctuaciones cíclicas; es más, pensaba que la inestabilidad era inherente a un sistema económico incontrolado. Su interpretación del proceso hacia el estado estacionario le hizo suponer que, probablemente, un descenso en las tasas de beneficio iría asociado con movimientos especulativos, que a su vez llevarían a despilfarros involuntarios de capital. MILL propone algunas medidas para paliar estos efectos (sugeridos ya por SMITH y RICARDO) entre las que destacan la canalización del ahorro interior hacia la inversión en el extranjero con el fin de frenar la erosión de la tasa de beneficio del país. Los resultados serían doblemente beneficiosos si estas exportaciones de capital se destinaran al desarrollo de fuentes de alimentos y de materias primas de bajo coste para el país prestamista.

Esta breve exposición de la historia del pensamiento económico de los clásicos nos ha permitido esclarecer y relativizar algunas posiciones actuales, al ponerlas en relación con sus antecedentes históricos, sobre todo en cuanto se refiere a conexiones ideológicas. Como hemos podido observar hay dos corrientes esencialmente contrapuestas, la de MILL y la de los demás clásicos. Paralelamente las posiciones actuales se dividen en dos grupos: 1.º) quienes piensan, como los predecesores de MILL, que el problema de la satisfacción de las necesidades es una cuestión de progreso económico y, más concretamente, de progreso en la producción de bienes materiales; 2.º) los economistas más próximos a la óptica de MILL, como los miembros del Club de Roma y otros investigadores contemporáneos; este segundo grupo opina que si los sistemas económicos tratan de satisfacer necesidades que son, a su vez, creadas por ellos, dichos sistemas se verán arrastrados a un círculo vicioso.

Según esta segunda corriente de opinión, la tendencia exagerada ha-

cia el consumo, así como la desigualdad existente entre los diversos agentes económicos y su deseo de igualdad, empujan al sistema a una explotación incontrolada de los recursos naturales y conducen a una subestimación de las dificultades de aprovisionamiento de materias primas, olvidando las consecuencias de orden ecológico que aparecerán probablemente en el futuro. Su modelo pretende demostrar que el crecimiento, tal como se ha venido produciendo en los países industrializados no es asequible ni deseable para todos los países. Para estos economistas, los costes de este tipo de crecimiento, que estiman en términos de deterioro del medio ambiente y del equilibrio ecológico, es notablemente alto. Así dice Celso FURTADO (22):

«... cualquier intento de generalizarlo (el crecimiento) llevaría inexorablemente al colapso de toda una civilización, poniendo en peligro las posibilidades de supervivencia de la especie humana...»

FURTADO ve aquí una prueba definitiva de que el «desarrollo económico», cuando persigue el objetivo de que los pueblos pobres puedan algún día disfrutar de las formas de vida de los pueblos ricos, es simplemente irrealizable.

Con un enfoque distinto, pero cuestionando también el sistema industrial americano, fruto del crecimiento económico, se manifiesta Galbraith (23), quien afirma:

«... el sistema industrial, perfectamente adaptado en su campo (el de la estricta economía, de la producción y del consumo), deja en la obscuridad «las demás dimensiones» de la existencia humana...»

Según este autor, es necesario ofrecer a cada hombre un amplio abanico de elección en relación con los tiempos de trabajo y de ocio y procurar que la «educación», como factor de emancipación y liberación del hombre, ocupe un lugar preponderante.

En todo caso, no puede desconocerse la importancia de la primera corriente de opinión, esto es, de los economistas partidarios de maximizar el crecimiento, si bien es cierto que el número de trabajos sobre procesos de crecimiento condicionados por un desarrollo económico integral (bajo restricciones ecológicas) son cada día más frecuentes.

La situación económica actual, caracterizada por la inflación y el paro, puede calificarse de confusa e indecisa respecto a una orientación definitiva del crecimiento para el mundo occidental.

SAUVY (24) sugiere, entre otras cosas, abandonar las prácticas malthusianas, incrementar la producción y modificar la enseñanza a fin de reducir las trágicas diferencias entre las necesidades de los hom-

bres y su formación. Europa, según el autor, ha de luchar por encima de todo contra el envejecimiento en todos sus aspectos.

En sentido parecido se pronuncia PREBISCH (25). Una vez más, el problema del tipo de crecimiento que optimice el bienestar de la sociedad sigue sin solución única. Como dice KREGEL (26):

«... es evidente que la teoría del crecimiento no constituye un cuerpo de conclusiones establecidas, sino que todavía se halla en desarrollo, incluso en cuanto a su método de pensamiento...»

Por lo que respecta a los países en desarrollo, si bien su estrategia a largo plazo ha de enfrentarse a algunos problemas similares a los de los países industrializados de occidente (inflación, paro, etcétera) ha de resolver otro tipo de problemas, asociados a la pobreza y al atraso en que se encuentran. Sin duda, tendrán en cuenta, por una parte, los resultados del crecimiento en las economías de occidente, y por otra parte, los resultados de su propio proceso de desarrollo, todavía en una etapa inicial. Por tanto no tienen por qué constreñirse a las metas propuestas hasta ahora para el crecimiento económico en los países occidentales. Los factores no económicos pueden ser objeto de una mayor atención: así la distribución más equitativa de la riqueza y de los ingresos, la satisfacción de unas mínimas necesidades humanas y la participación de toda la comunidad en las decisiones políticas se incluyen a veces entre los objetivos prioritarios del desarrollo para estos países.

En este sentido se pronuncia la OIT en la memoria sobre la Conferencia Mundial Tripartita sobre «el empleo, la distribución de los ingresos, el progreso social y la división del trabajo» (Ginebra, marzo 1976) y la UNCTAC en su informe «*Estudio sobre comercio internacional y desarrollo, 1975*» en el que después de dar cuenta de los resultados logrados hasta 1975, durante el segundo decenio para el desarrollo, y observar que no se ajustan a los previstos por la Estrategia Internacional del Desarrollo de la ONU, aprobada el 24 de octubre de 1970 por la Asamblea General, advierte que las dudas (expresadas con anterioridad por ciertos autores y organismos) sobre si es adecuado evaluar el desarrollo en función del crecimiento del PNB han quedado reforzadas». Dice el informe: «... se advierte con claridad cada vez mayor que el concepto de PNB, tal como se mide actualmente, no tiene en cuenta la degradación del medio ambiente natural, ni toma suficientemente en consideración el agotamiento de los recursos naturales...» Esta opinión coincide pues, con la tesis de FURTADO.

El informe de la UNCTAC insiste además en que es preciso utili-

zar un análisis cualitativo para el examen de los nuevos objetivos y no centrarse exclusivamente en la evaluación de las estrategias de desarrollo, cara a objetivos cuantitativos globales.

Una nueva visión parece pues vislumbrarse en el pensamiento económico actual sobre los problemas del desarrollo: La minimización de los costes sociales derivados de las consecuencias del crecimiento sobre los ecosistemas y la mejora de las condiciones de vida natural de las comunidades que los habitan serán objetivos fundamentales si se desea lograr un desarrollo integral garantizado a largo plazo que permita, al mismo tiempo, un aumento sostenido del nivel de vida.

Se trata de un nuevo enfoque del proceso de crecimiento socio-económico, implícito en el que se introducen las variables ecológicas, o sea, del «ecodesarrollo».

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- (1) *La humanidad en la encrucijada*. PESTEL y MESAROVIC. 2.º informe del Club de Roma, 1974.
- (2) *La lettre Mansholt*. PAMERT (ed.), París, 1972.
- (3) *L'abondance est-elle possible?* KENDE, P. Gallimard, París, 1971.
- (4) *Principles of Political Economy*. MILL Ashley ed. Londres, 1926 (Hay traducción al castellano, «Principios de Economía Política, con algunas aplicaciones a la filosofía social», México, 1943.)
- (5) *Abregé des principes de l'economie politique*. Bandoau, N. Ed. Friedrich K. (Ephémérides, 1772).
- (6) *Cours complet*. SAY. Guillaumin ed. 1840. París.
- (7) *Ibidem*.
- (8) *Ibidem*.
- (9) *The Wealth of Nations*. SMITH A. Canau ed., Londres, 1904. (Hay traducción al castellano, *Investigación sobre la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones*. México, 1958.)
- (10) *Ibidem*.
- (11) *The Works and Correspondence of David Ricardo*. Ed. Piero Sraffa. Cambridge University Press, 1952, vol. VI. (Hay traducción castellana, *Obras y Correspondencia. Ricardo*. Ed. Piero Sraffa, Cartas 1810-1815. México, 1962.
- (12) *Ibidem*.
- (13) *Principles of Political Economy and Taxation*. RICARDO. Ed. Piero Sraffa. Cambridge University Press, 1953. (Hay traducción castellana, *Principios de Economía Política y de Tributación*, Madrid, S. A.)
- (14) *Ibidem*.
- (15) *Ibidem*.
- (16) *Principles of Political Economy*. MALHUS, WELLS y LILLY, Boston, 1821. (Hay traducción al castellano, *Principios de Economía Política*. MALHUS. México, 1946.)

- (17) *Ibidem.*
- (18) *Ibidem.*
- (19) *Principles of Political Economy.* MILL. Ashley ed., Londres, 1926. (Hay traducción al castellano, *Principios de Economía Política, con algunas aplicaciones a la filosofía social*, México, 1943.)
- (20) *Ibidem.*
- (21) *Ibidem.*
- (22) *El desarrollo económico, un mito.* Celso FURTADO. Siglo XXI, México, 1975.
- (23) *El nuevo estado industrial.* GALBRAITH.
- (24) *L'économie du diable. Chômage et inflation.* SAUVY, A., CALMANN. Levy editorial, París, 1976.
- (25) *Towards a New Trade Policy for Development.* PREBISCH, R. Nueva York. ONU, 1964.
- (26) *The Theory of Economic Growth.* KREGEL. The Macmillan Press. Ltd., Londres, 1972. (Hay traducción al castellano, *Teoría del crecimiento económico*, KREGEL, J. A. Macmillan. Vicens-Vives. Barcelona, 1976.)

RESUMEN

El presente artículo trata de esclarecer y relativizar algunas posiciones actuales frente a la controversia "crecimiento-bienestar", puesta de manifiesto como consecuencia de lo que se ha venido a llamar en la década de los setenta la "crisis del crecimiento".

En primer lugar, y a través de textos seleccionados de la literatura económica (fisiócratas, clásicos y neoclásicos) se estudian los antecedentes históricos de las actuales posturas. Hay dos corrientes esencialmente contrapuestas en la historia del pensamiento económico: La de Stuart Mill, que opinaba que el problema de la satisfacción de las necesidades humanas no era una cuestión exclusivamente de progreso económico material y la del resto de los autores ortodoxos para los que el crecimiento material siempre va asociado al aumento de bienestar (fisiócratas, Smith, Ricardo, etc.). Esta doble actitud frente al crecimiento también se manifiesta actualmente entre los economistas.

A continuación se analiza la corriente de opinión actual representada por autores como los integrantes de los informes al Club de Roma, Furtado, Galbraith, Kende, Sauvy, etc., para los que los modelos de crecimiento productivista seguidos hasta el presente por los países occidentales no son actualmente viables desde el punto de vista de los costes sociales (educación, empleo, ocio, etc.), y de los costes ecológicos. En este sentido un nuevo planteamiento de los objetivos del proceso de crecimiento parece vislumbrarse en los informes de los organismos internacionales como la UNCTAC y la OIT.

Se concluye diciendo que si se desea lograr un desarrollo integral garantizado a largo plazo, que permita al mismo tiempo un aumento sostenido del nivel de vida, han de minimizarse los costes sociales derivados de las consecuencias del crecimiento sobre los ecosistemas, y se han de mejorar las condiciones naturales de vida de las comunidades afectadas. Es decir, ha de tratarse de un "ecodesarrollo".

R É S U M É

Cet article essaie éclaircir certaines positions actuelles en face de la controverse "croissance— bien-être" mise en évidence à la suite de ce qu'on a appelé dans la décennie des années 70 (la crise de croissance".

Tout d'abord et grâce à des textes choisis de la littérature économique (physiocrates, classiques et néo-classiques), on étudie les précédents historiques des positions actuelles. Il y a deux courants essentiellement opposés dans l'histoire de la pensée économique: celui de Stuart Mill qui pensait que le problème de la satisfaction des besoins de l'homme n'était pas exclusivement une question de progrès économique matériel et celui des autres auteurs orthodoxes pour qui la croissance matérielle est toujours associée à l'augmentation du bien-être (physiocrates, Smith, Ricardo, etc.). Cette double attitude devant la croissance se manifeste aussi actuellement parmi les économistes.

On analyse ensuite le courant d'opinion actuel représenté par des économistes comme les auteurs des rapports adressés au Club de Rome, Furtado, Galbraith, Kende, Sauvy, etc., pour qui les modèles de croissance de la production suivis jusqu'à présent par les pays occidentaux ne sont pas actuellement viables du point de vue des coûts sociaux "éducation, emploi, loisirs, etc.) et des coûts écologiques. Dans ce sens, une nouvelle orientation des objectifs du processus de croissance semble apparaître dans les rapports des organismes internationaux comme l'UNCTAC et l'OIT.

L'auteur conclut en disant que si l'on désire atteindre un développement intégral garanti à long terme permettant en même temps une augmentation soutenue du niveau de vie, on doit diminuer les coûts sociaux dérivés des conséquences de la croissance sur les éco-systèmes et on doit améliorer les conditions naturelles de vie des communautés intéressées, c'est-à-dire qu'on doit essayer de trouver un "éco-développement".

S U M M A R Y

The present article attempts to clarify and relate to one another some present-day position with regard to the "growth-welfare" controversy made manifest as a result of what we have come to call in the seventies the "crisis of growth".

In the first place, through texts selected from economic literature (physiocrats, classicists and neoclassicists) it studies the historical antecedents of the present attitude. There are two essentially opposed currents in the history of economic thought: that of John Stuart Mill who considered that the problem of the satisfaction of human needs was not exclusively a question of material economic progress, and that of the rest of the orthodox authors for whom material growth is always associated with the increase of wellbeing (physiocrats, Smith, Ricardo, etc.). This dual attitude with regard to growth also displays itself at present among economists.

It goes on to analyse the present current of opinion as represented by authors such as those who make up the reports to the Club of Rome, Furtado, Galbraith, Kende, Sauvy, etc., for whom the models of productivist growth followed up to the present by the western countries are not at present viable from the point of view of the social costs (education, employment, leisure, etc.), and for the ecological costs. In this sense a new approach to the objectives of the process of growth seems to be glimpsed in the reports of such international bodies as UNCTAC and ILO.

It concludes by saying that if we want to achieve an integral development guaranteed on the long term, which would at the same time permit a sustained rise in the standard of living, we must minimise the social cost derived from the consequences of the growth on the ecosystems and improve the natural conditions of life of the communities affected. That is to say we must think of an "ecodevelopment".